

Yayo Herrero

Vamos a comenzar ahora nuestra mesa redonda, en la que exploraremos, debatiremos y reflexionaremos sobre la idea de comunidad.

Creo que se trata de un concepto extraordinariamente complejo en la actualidad.

Estamos atravesando un periodo que me gusta describir como un momento en el que la economía, la política y la cultura globales libran una especie de guerra contra la propia vida.

Nos enfrentamos a una profunda crisis ecológica, social y política que, desde nuestro punto de vista, se basa a menudo en una concepción del ser humano muy alejada de lo que realmente somos.

Como seres humanos, formamos parte de un planeta vivo. Las plantas, los animales, el aire, el suelo y el agua interactúan entre sí y crean conjuntamente las condiciones que hacen posible la vida.

También somos seres vulnerables, incapaces de vivir de forma aislada. La vida humana es, por naturaleza, interdependiente. No podemos realizarnos plenamente solos.

En este sentido, la vida humana es fundamentalmente comunitaria.

Para ayudarnos a reflexionar sobre qué significa la comunidad, contamos hoy con dos personas cuyas perspectivas me parecen esenciales. Proceden de contextos diferentes, pero sus enfoques son profundamente complementarios.

En primer lugar, tenemos con nosotros a Eliane Brum, periodista, escritora y documentalista de enorme reconocimiento internacional. Su periodismo de investigación es, a mi juicio, profundamente educativo.

Es cofundadora de Sumaúma, una plataforma que considero imprescindible seguir, y autora de una obra extraordinaria dedicada a la Amazonia. Es un privilegio tenerla con nosotros.

A su lado tenemos a Souleymane Bachir Diagne, filósofo y profesor universitario, director del Instituto de Estudios Africanos de la Universidad de Columbia, en Nueva York, y especialista de reconocido prestigio internacional en estudios poscoloniales.

Lo que valoro especialmente de su trabajo es la manera en que conecta diferentes disciplinas para ofrecer una comprensión mucho más compleja y global del mundo en el que vivimos y de la manera en que podemos existir en él.

Me gustaría empezar planteándoos a los dos la misma pregunta:

A partir de vuestras experiencias y trayectorias respectivas, ¿qué es una comunidad? ¿Y a qué conflictos se enfrentan hoy las comunidades?

Eliane Brum

Buenas tardes.

Es un gran placer estar aquí.

Quisiera expresar todo mi apoyo a todas las personas que luchan contra la degradación de la educación pública, dentro y fuera de las instituciones, con la esperanza de que podamos construir puentes.

Vengo de la selva amazónica, que es el lugar que he elegido como hogar.

Y, antes de reflexionar sobre qué es una ciudad o una comunidad, quisiera hablaros de un bosque —o de cualquier bioma, de cualquier espacio natural que todavía sea capaz de resistir— en un mundo que lleva más de quinientos años librando una guerra contra la naturaleza.

Cuando la mayoría de las personas no indígenas escuchan las palabras «bosque» o «Amazonia», creo que imaginan un lugar lleno de árboles y animales.

Pero eso no es un bosque. Es un zoológico.

Un bosque, como cualquier otro bioma, es una relación. Es una relación entre todo y todo lo demás: una relación de transformación, intercambio, generosidad, cooperación e interdependencia.

Cuando desaparece la posibilidad de relación, desaparece el bosque.

Cuando desaparece la posibilidad de relación, desaparece la vida.

¿Y qué ocurre con nuestras ciudades, esas ciudades en las que nacemos y vivimos, a pesar de todas sus diferencias?

Nuestras ciudades se han convertido en espacios donde se destruyen las relaciones y, con ellas, la propia vida.

Para comprender esta dinámica mortífera, tenemos que mirar cómo nuestras ciudades han tratado al otro.

Aquello que llamamos periferias es el lugar donde viven millones de otros seres humanos como nosotros, pero que tienen menos derechos sobre la ciudad y un acceso más limitado a los derechos de los que disfrutaban quienes son reconocidos como ciudadanos de pleno derecho.

Esta desigualdad está marcada por el racismo, el género, la clase social y la discapacidad.

En nuestras ciudades, la mayoría de las personas tiene menos poder para decidir qué tipo de ciudad quiere construir y menos derechos como ciudadanos.

Y, sin embargo, es precisamente en estas periferias donde han surgido tecnologías de resistencia, así como las comunidades que hacen posible la vida.

En realidad, el verdadero centro de la ciudad ya está en las periferias, porque son ellas las que sostienen y hacen funcionar nuestras ciudades de tantas maneras.

Pero esta centralidad real es ignorada y desplazada para que el poder pueda seguir concentrado en manos de una minoría.

Sin políticas públicas que reconozcan esta realidad y sin mecanismos eficaces que permitan a estas personas participar en la toma de decisiones, seguiremos reproduciendo las desigualdades e impidiendo cualquier posibilidad real de construir comunidad.

Porque, para que exista una comunidad, el poder tiene que compartirse con quienes históricamente han sido excluidos de él: en Brasil, las personas negras; en Estados Unidos, las personas negras; en Europa, los migrantes, los refugiados y muchos otros grupos.

Sin compartir el poder, no hay comunidad.

Esto significa que quienes hoy detentan el poder tienen que comprender que tendrán que renunciar a una parte de él.

Todo lo demás son palabras vacías.

Pero también quisiera plantear hoy otra cuestión: ¿qué lugar damos a las otras especies?

Es una cuestión fundamental cuando hablamos de ciudades y de comunidad y, sin embargo, se ignora muy a menudo.

Nuestras ciudades han expulsado prácticamente todas las demás formas de vida que no son humanas.

Nos hemos apropiado de grandes extensiones del planeta y hemos expulsado a innumerables formas de vida.

Los únicos seres no humanos que tendemos a acoger son los gatos y los perros: animales bien cuidados y, a menudo, profundamente queridos, pero también domesticados y transformados en seres que responden a nuestras necesidades emocionales.

Las ratas, los mosquitos, muchas aves y otros animales son considerados invasores molestos que deben ser eliminados.

En los supermercados encontramos animales transformados en mercancías, despojados de su individualidad después de un largo proceso de violencia que los reduce a «proteína animal».

También tenemos plantas esclavizadas en monocultivos, seres vivos reducidos a simples productos.

Bajo nuestros pies, los ríos están a menudo enterrados bajo el hormigón.

Nuestras carreteras atraviesan las montañas, perforándolas y devastando cuerpos vivos.

Esta experiencia violenta de la ciudad se nos presenta a menudo como si fuera universal. Pero no lo es.

Se basa en un error deliberado que se encuentra en el corazón del capitalismo: la separación entre los seres humanos y la naturaleza.

Esta separación nos permite considerar la naturaleza como algo exterior a nosotros, en lugar de entenderla como parte de lo que somos.

La naturaleza se convierte en un cuerpo-mercancía, en un objeto disponible para la explotación, la destrucción y la extracción de cantidades cada vez mayores de recursos.

Esta separación arbitraria entre la humanidad y la naturaleza nos ha conducido al colapso climático y de la biodiversidad, al calentamiento global, a fenómenos meteorológicos extremos y, en última instancia, a la posibilidad muy real de nuestra extinción.

Durante los últimos siglos, nuestras ciudades se han construido y desarrollado siguiendo esta lógica de separación de la naturaleza: una naturaleza concebida como algo diferente, que debía ser domesticado, controlado o incluso eliminado.

Por eso nuestras ciudades se han convertido en lugares donde cualquier relación con el planeta vivo queda relegada o es considerada subversiva, e incluso peligrosa.

La lógica del capitalismo consiste precisamente en eliminar las relaciones y, al hacerlo, impedir la construcción de verdaderas comunidades. Las verdaderas comunidades son muy diferentes de simples asociaciones de consumidores.

Para construir verdaderas comunidades tenemos que entendernos como seres interdependientes. Tenemos que abrirnos al otro, tanto a los demás seres humanos como a las otras formas de vida.

También tenemos que entendernos a nosotros mismos como relaciones.

Si la naturaleza, el bosque y la propia vida se definen por las relaciones, lo mismo ocurre con nosotros.

Aunque a menudo lo olvidemos, no somos individuos aislados.

No somos simplemente cuerpos que contienen bacterias.

También somos bacterias.

Y esta idea cambia completamente nuestra perspectiva.

La naturaleza se convierte en un «otro» porque esta manera de pensar destruye la propia idea de individuo sobre la que se sustenta el capitalismo.

Esta ficción del individuo autosuficiente nos ha conducido progresivamente a la imposibilidad de construir comunidad.

Pero quiero recordaros que esta es solo una de las experiencias posibles de lo que puede ser una ciudad.

Otros pueblos han desarrollado formas de vida muy diferentes.

Recientes investigaciones arqueológicas realizadas en la Amazonia han demostrado que, antes de la invasión europea de América, existían ciudades en el corazón de la selva tropical con más de un millón de habitantes.

Estas ciudades no destruían el bosque porque ellas mismas formaban parte del bosque.

Eran ciudades profundamente arraigadas en la naturaleza y en las relaciones que esta crea.

Los antepasados de los actuales pueblos indígenas de la Amazonia viven en este territorio desde hace al menos trece mil años. Transformaron el bosque a través de sus relaciones con todos los demás seres vivos.

Para hacer estos lugares más comprensibles, los arqueólogos los denominaron «ciudades jardín».

Los científicos que estudian la formación de los paisajes sostienen incluso que una parte importante de la actual selva amazónica fue plantada y modelada por estos pueblos.

En ambos casos hablamos de un proceso basado en las relaciones.

Todo fue construido a través de las relaciones.

Fue con la llegada de los europeos y, posteriormente, de las élites locales que adoptaron esa misma lógica de dominación cuando este proceso comenzó a ser destruido.

Esta forma de comprender el mundo ya ha llevado algunas regiones de la Amazonia más allá del punto de no retorno y podría, en última instancia, hacer que toda la selva amazónica dejara de ser una selva en los próximos años.

Eso haría prácticamente imposible controlar el calentamiento global.

Por eso, cuando escucho la expresión «Ciudades Educadoras», lo primero que me viene a la cabeza es la necesidad de **desaprender**.

Tenemos que desaprender esta educación destructiva que nos ha enseñado a considerarnos separados de la naturaleza.

Tenemos que desaprender una existencia mediada por el consumo y reconstruir relaciones de interdependencia entre todos los seres vivos.

Nuestras ciudades tienen que reinventarse radicalmente si quieren tener alguna posibilidad de convertirse en verdaderas comunidades.

Tienen que abrirse a todas las formas de vida, y no solo a los demás seres humanos.

Esto significa transformar profundamente nuestra manera de alimentarnos, de habitar nuestras ciudades, de vestirnos y, sobre todo, nuestra manera de comprender quiénes somos y quién es el otro.

Si seguimos pensando en términos binarios, separando a la humanidad de la naturaleza y situándonos en el centro de todo, cualquier acción que emprendamos será poco más que una ilusión.

Para transformar nuestras ciudades y construir comunidad, tenemos que romper definitivamente con esta falsa separación y volver a entendernos como parte de la naturaleza, como seres constituidos por las relaciones.

Algunos de vosotros quizá penséis que lo que estoy diciendo es poco realista, o incluso excesivamente radical.

Pero vengo de una de las primeras líneas de frente de la guerra contra la naturaleza y puedo aseguraros que el verdadero riesgo de extinción es precisamente consecuencia de esta manera de pensar.

Nuestros hijos, nuestros nietos y las generaciones futuras solo tendrán una oportunidad de vivir en un planeta menos hostil si cambiamos radicalmente la manera en que nos entendemos a nosotros mismos y entendemos a los demás.

Nuestra generación, imperfecta como todas las que la han precedido, se enfrenta probablemente a la tarea más difícil de toda la historia de la humanidad: detener a quienes están devorando el mundo.

Detener a figuras como Donald Trump, Benjamin Netanyahu y tantos otros.

Detener también a los accionistas de las grandes empresas de combustibles fósiles, del sector minero, de la industria de la carne y de la soja.

Nuestra tarea consiste en reconstruir nuestra relación con la vida, comprender que nosotros también somos naturaleza y que solo existimos en relación con todos los demás seres que comparten este planeta.

En todo el mundo, la ciudadanía ya está luchando por ello: por ejemplo, recuperando ríos enterrados o eliminando presas.

No es que tengamos otra opción.

No la tenemos.

O cambiamos radicalmente, o condenamos a nuestros hijos y a los hijos de todos los demás a la muerte.

Reconstruir la red de la vida con todos los seres vivos no es ingenuidad.

Es un acto de lucidez.

Muchas gracias.

Souleymane Bachir Diagne

Es un honor y un gran placer compartir estas reflexiones con vosotros en una mesa redonda como esta.

Permitidme comenzar respondiendo directamente a la pregunta que habéis planteado sobre qué es una comunidad y, después, desarrollar esa respuesta.

Si tuviera que resumirla en una sola frase, diría esto:

Una comunidad es el movimiento mediante el cual construimos juntos la humanidad.

Y espero que lo que voy a decir permita explicar lo que quiero decir con ello.

En primer lugar, sabemos que la cuestión de la comunidad en el mundo en el que vivimos hoy puede parecer casi paradójica.

Vivimos en un mundo en el que la comunidad parece haber perdido gran parte de su significado. Un mundo caracterizado por la fragmentación, las políticas identitarias y el etnonacionalismo.

Nos enfrentamos, por tanto, no solo a identidades que nos dividen y nos impiden convertirnos en una comunidad, sino también a su expresión más violenta: la guerra, con todas sus atrocidades.

Hoy nos preguntamos si la propia idea de guerra justa, o incluso la noción de un derecho que regule la guerra, sigue teniendo algún sentido.

El mundo en el que vivimos parece, por tanto, convertir la idea de comunidad en una especie de utopía.

Y, sin embargo.

¿Qué es este mundo fragmentado?

No es simplemente un estado de cosas que observamos.

Tenemos que reconocer que existen fuerzas de fragmentación que actúan activamente.

La razón por la que el mundo en el que vivimos hoy apenas merece ser llamado mundo es que, para tener un mundo, necesitamos un sentido de universalidad.

Necesitamos comprender qué significa construir juntos la humanidad.

Por tanto, debemos ser capaces de identificar estas fuerzas de fragmentación y, en particular, la filosofía que las sustenta.

Soy originario de Senegal —soy senegalés de origen— y hoy también soy estadounidense y vivo en Estados Unidos, como habéis señalado.

Y observo que el mundo en el que vivo, especialmente los Estados Unidos actuales, produce una serie de publicaciones bastante extrañas.

Estas publicaciones tratan de cuestionar la propia idea de empatía.

Vivimos en un mundo en el que psicólogos evolucionistas, como ellos mismos se definen, han escrito libros contra la empatía, partiendo de una idea que, a primera vista, puede parecer razonable.

El argumento es que, cuando siento empatía, puedo verme dominado por una emoción tan intensa, por un deseo tan poderoso de ponerme en el lugar del otro, que puedo acabar perdiendo mi capacidad para analizar racionalmente las cosas y tomar decisiones de una manera verdaderamente analítica.

Lo que también está ocurriendo es que determinadas fuerzas políticas —especialmente las fuerzas de derecha y extrema derecha— se han apropiado de esta oposición a un concepto que, sin embargo, nos parece profundamente humano: la empatía, la compasión, la solidaridad y la fraternidad.

Presentan estas cualidades como debilidades.

Hemos visto a un multimillonario, probablemente la persona más rica del mundo en la actualidad, afirmar que la empatía era la mayor debilidad de la civilización occidental.

Esto también forma parte de aquello a lo que nos enfrentamos en nuestro mundo fragmentado.

La cuestión es cómo podemos oponernos a ello.

No podemos simplemente aceptar esta fragmentación, de la que el capitalismo se beneficia perfectamente mientras los flujos financieros sigan circulando. En el ámbito cultural, mientras tanto, podemos acabar completamente dispersos.

Y, sin embargo, aquello que nos abre a los demás —aquello que impide que nuestras culturas y civilizaciones se cierren sobre sí mismas— es precisamente lo que está siendo atacado.

Como también señalaron los participantes de la mesa redonda anterior, asistimos a una tendencia creciente hacia el aislamiento.

La idea que se intenta promover es la de culturas humanas concebidas como islas, fundamentalmente incomparables, según la cual somos necesariamente tribus y naciones diferentes y esas diferencias nos separan.

El ataque a la empatía responde, por tanto, a una lógica clara.

Es la lógica del separatismo.

Y es también la lógica del supremacismo.

Este es el tipo de fragmentación que vive hoy nuestro mundo.

Como habéis señalado anteriormente, se trata de eliminar las relaciones.

Las fuerzas que nos atacan son fuerzas que buscan eliminar las relaciones, eliminar las formas en que las culturas pueden, por el contrario, abrirse unas a otras, de acuerdo con aquella antigua idea humanista según la cual, mientras una cultura sea humana, no puede ser verdaderamente extranjera.

Fabricamos la diferencia.

Fabricamos la alteridad.

Y las sociedades funcionan así porque determinadas fuerzas obtienen de ello un verdadero beneficio político.

Entonces, ¿qué respuesta podemos dar, volviendo a vuestra pregunta sobre qué significa construir comunidad?

Tenemos que identificar aquello que se opone a esta posición, a esta verdadera guerra cultural librada por las fuerzas de derecha y extrema derecha, especialmente contra las propias ideas de empatía y fraternidad.

Debemos responder a ella con fraternidad.

Y debemos construir una idea que nuestro mundo necesita desesperadamente: más allá de nuestras divisiones y nuestras diferencias culturales —sí, somos naciones diferentes, culturas diferentes, hablamos lenguas diferentes— existe algo que trasciende esas diferencias.

Ese algo es nuestra humanidad común, así como una concepción renovada de la universalidad que debemos construir juntos.

Sé, por supuesto, que el concepto de universal tiene mala reputación.

Hoy, cada vez que escuchamos la palabra «universal», tendemos a pensar que lo universal es necesariamente colonial, que es necesariamente imperial; que fue precisamente en nombre de lo universal como se desarrolló el colonialismo, cuando Europa se declaró portadora natural de la universalidad y se atribuyó así la misión de llevarla al resto del mundo.

Sabemos que la descolonización se construyó precisamente contra esta concepción imperial y colonial de lo universal.

Y, como habéis señalado, mi trabajo se inscribe en lo que hoy llamamos estudios poscoloniales.

Pero siempre he desconfiado de esa tendencia que expresamos en francés mediante la imagen de «tirar al bebé con el agua del baño».

En otras palabras, no debemos abandonar la propia idea de universal simplemente porque haya sido reivindicada por un universalismo europeo imperial y dominador.

Creo que lo que hoy resulta inaceptable, y lo que está llegando a su fin, es el **universalismo vertical**.

La idea de que una región del mundo, determinadas culturas, una civilización —por utilizar una palabra que se ha puesto de moda— puedan presentarse como un faro para el mundo, situando a todos los demás en su periferia y colocándose naturalmente en el centro.

Es este universalismo vertical el que está llegando a su fin con los procesos de descolonización, tanto política como epistemológica.

Por el contrario, debemos defender la idea de que diferentes culturas, de igual valor, situadas unas junto a otras en un mismo plano, pueden reunirse y, por así decirlo, construir conjuntamente un universal para nuestro tiempo.

Un universal que ya no sea vertical, sino lo que yo llamo, siguiendo al filósofo francés Maurice Merleau-Ponty, un **universal lateral**, o un **universal horizontal**.

Pensar juntos.

Pero es una tarea difícil.

Este universal no es un objeto que podamos simplemente exponer.

Es una práctica que tenemos que llevar a cabo juntos.

La idea de que necesitamos una práctica de universalización está en el centro de mi último libro, que es probablemente una de las razones por las que fui invitado aquí. Le puse el título francés *Universaliser*, insistiendo deliberadamente en el verbo «universalizar», en lugar de convertir «universal» en un sustantivo.

Porque lo universal es una práctica.

Y es una práctica común.

Imaginemos un mundo en el que hagamos de la universalidad un proyecto político.

Imaginemos que hagamos de la fraternidad un proyecto político.

Podríamos entonces oponernos a estas fuerzas de fragmentación, a estas fuerzas identitarias que existen tanto en el Norte global como en el Sur global.

Desde este punto de vista, el populismo es, por desgracia, uno de los fenómenos más ampliamente compartidos en el mundo actual.

Encontramos populismo en el Norte, basado en la deshumanización del otro, la denuncia y el rechazo de los extranjeros y la estigmatización de los migrantes.

Pero también encontramos este tipo de populismo en el Sur, donde se desarrollan movimientos xenófobos y fuerzas populistas que toman como rehenes a las sociedades.

Frente a estos populismos, tenemos que hacer de la fraternidad un proyecto político.

El mundo que he descrito, la fragmentación de la que he hablado, nos muestra que vivimos en un mundo de apartheid generalizado.

Estamos encerrados en nuestras diferentes culturas y estas fuerzas intentan aprisionarnos en nuestras diferentes identidades.

Esto recuerda a Sudáfrica durante el apartheid, cuando la política oficial consistía en afirmar que las culturas humanas no podían ni debían mezclarse; que cada una debía permanecer en su propio espacio y desarrollarse por separado, sin encontrarse con las demás.

Pues bien, este es el apartheid generalizado que vivimos hoy.

Y la respuesta debe ser la que Nelson Mandela y Desmond Tutu dieron al régimen del apartheid.

Está contenida en esa magnífica palabra procedente de las lenguas bantúes: **Ubuntu**.

Ubuntu fue reivindicado por Desmond Tutu y Nelson Mandela en su voluntad de construir, sobre las ruinas del apartheid, una nación arcoíris.

Yo traduzco Ubuntu como **construir juntos la humanidad**.

El profundo significado filosófico de este concepto, arraigado en el humanismo de las lenguas bantúes, se basa en dos ideas fundamentales.

La primera es que ser humano es una tarea y una responsabilidad.

Ser humano, ser una persona, no es un estado acabado.

Es una invitación a convertirnos en aquello que debemos ser.

Tenemos siempre la responsabilidad de realizar nuestra humanidad.

Y la segunda idea es que esta realización de nuestra humanidad solo puede tener lugar a través de la reciprocidad y la relación.

No puede producirse en el aislamiento individual.

No se trata de la realización de uno mismo en el sentido de la célebre fórmula de Descartes: «Pienso, luego existo».

La idea es que recibo mi humanidad de la humanidad de los demás, a través de mi relación con ellos.

Eso es precisamente lo que contiene este concepto.

Y por eso creo que la mejor respuesta a vuestra pregunta sobre la comunidad es la siguiente:

La comunidad es el movimiento mediante el cual construimos juntos la humanidad; mediante el cual realizamos nuestra humanidad a través de la relación, la reciprocidad y la hospitalidad.

Muchas gracias.

Yayo Herrero

Debido a las limitaciones relacionadas con la gestión del tiempo, que siempre es un ejercicio complicado, tuvimos que reducir esta mesa redonda a veinte minutos. Inicialmente estaba previsto que durara aproximadamente media hora.

Decidí no recortar las intervenciones que había pedido a los participantes que desarrollaran más extensamente. Lo hice porque, como habéis podido escuchar, ambos plantean perspectivas que rara vez se escuchan —puntos de vista y voces que no siempre están suficientemente presentes— y me pareció que merecían el tiempo necesario para desarrollarlas.

Ahora solo nos quedan cinco o seis minutos, así que voy a daros tres minutos a cada uno para concluir.

Eliane, has hablado de una concepción de la comunidad que incluye a los seres humanos y va más allá de la propia humanidad, extendiendo la idea de comunidad al planeta vivo.

Para este Congreso de Ciudades Educadoras, en el que habrá tantos espacios y oportunidades de encuentro, me gustaría pedir os una o dos ideas clave que consideréis especialmente importantes en este momento.

Ya tenemos una idea de vuestra contribución, pero ¿podrías resumirla?

Y también quisiera preguntarte por algo que has mencionado en tu trabajo: esta otra concepción de lo universal.

También has hablado del impulso vital en relación con África.

Y has hablado del Ubuntu.

¿Es la misma idea?

¿Podrías ofrecernos una o dos ideas que puedan abrir debates y nuevas perspectivas en los talleres y en el trabajo de las Ciudades Educadoras y contribuir así a hacer avanzar el trabajo de la asociación?

Eliane Brum

Voy a centrarme en una o dos ideas.

Simplemente voy a mencionar ideas que podrían desarrollarse individualmente.

Defendemos un **recentrado del mundo**.

La idea es que los verdaderos centros legítimos del mundo son los lugares donde la naturaleza todavía resiste, y no los centros políticos y económicos donde la naturaleza es destruida, incluidos nosotros mismos.

Los centros legítimos del mundo son los océanos, la Amazonia, las demás selvas tropicales, todos los biomas que hacen posible nuestra vida.

No Washington, Madrid, Pekín, Londres, etcétera.

En una ciudad, los verdaderos centros legítimos son las periferias, las comunidades de resistencia donde la mayoría crea tecnologías de resistencia y soluciones para vivir, y no los barrios ricos donde vive una minoría.

Este recentrado del mundo es la forma en que hemos trabajado para construir comunidad.

No creemos que sea posible construir comunidad sin este recentrado.

Pero hay otra cosa que tenemos que aprender:

Tenemos que aprender a perder.

Es imposible construir comunidad si no aprendemos a perder.

Para construir comunidad tenemos que estar dispuestos a renunciar a nuestros privilegios.

Y eso es muy difícil.

Todo el mundo quiere construir comunidad, pero nadie quiere perder.

Tenemos que estar dispuestos a perder.

También tenemos que saber quiénes son nuestros enemigos, porque ya no podemos seguir luchando en el mismo terreno.

Estamos perdiendo esta guerra.

Y la estamos perdiendo ampliamente.

Por tanto, no podemos seguir perdiendo en el mismo terreno.

En el tiempo limitado del que disponemos, no basta con hacer simplemente aquello que ya sabemos hacer.

También tenemos que hacer aquello que no sabemos hacer.

Tenemos que crear cosas que todavía no existen.

Y tenemos que recordar que todo el mundo siente que está haciendo demasiado poco, que solo puede hacer muy poco.

Pero hacer poco no es lo mismo que no hacer nada.

No podemos no hacer nada.

Tenemos que hacer todo lo que podamos, aunque sea poco.

Y tenemos que seguir luchando, incluso cuando sabemos que podemos perder.

Porque no luchamos para ganar.

Luchamos para vivir.

Muchas gracias.

Souleymane Bachir Diagne

Como tenemos muy poco tiempo, voy a centrarme únicamente en la educación.

Somos educadores.

Y me gustaría reflexionar sobre qué podemos hacer, como educadores, para contribuir a este primer universal: la propia humanidad.

Para ello he tenido que pasar del francés al inglés.

Me gustaría poder hablar español.

Hace unos días fue Pentecostés, pero el milagro no ocurrió.

El Espíritu Santo no añadió el español a las lenguas que hablo.

Pero lo que hacemos como educadores es extremadamente importante para la manera en que las personas comprenden este primer universal que es la humanidad.

Enseñamos diferentes lenguas.

Pueden ser lenguas humanas o los lenguajes de la ciencia.

Eso es, fundamentalmente, lo que hacemos como educadores.

Enseñar lenguas significa superar, por así decirlo, la fragmentación entre tribus y naciones, para construir y transmitir una conciencia de nuestra humanidad compartida.

Porque cuando somos bilingües o multilingües, cuando hablamos otra lengua, no estamos simplemente añadiendo una competencia más a nuestro currículum.

Estamos experimentando el **descentramiento**.

Aprendemos a escucharnos a nosotros mismos y a escuchar nuestra propia lengua desde el punto de vista de otra lengua.

En realidad, una de las mejores maneras de escuchar nuestra propia lengua es escuchar otra.

Es entonces cuando tomamos conciencia de hasta qué punto nuestra lengua particular es verdaderamente nuestra.

Esta experiencia de descentramiento consiste en salir de nosotros mismos para encontrarnos con el otro en su diferencia y, a través de ese encuentro, comprender mejor nuestra propia identidad.

En otras palabras, **educar para la humanidad es educar para el descentramiento y para el encuentro**.

Es el encuentro del que habló Philippe Meirieu en la mesa redonda anterior.

Y esto es extremadamente importante porque nos enseña algo fundamental.

Me gustaría terminar con una frase del pensador Léopold Sédar Senghor.

Lo que nos enseña es que, por supuesto, debemos estar orgullosos de ser diferentes. Debemos estar orgullosos de nuestras diferencias.

Pero este orgullo por nuestras diferencias nunca debería hacernos olvidar la felicidad de estar juntos.

Y nuestra tarea, nuestra responsabilidad como educadores, es precisamente educar para la humanidad en singular y, la mayoría de las veces, a través de la humanidad en plural que enseñamos.

Muchas gracias.

Yayo Herrero

Vamos a concluir esta mesa redonda con una concepción de la comunidad que, al menos para mí, es mucho más compleja que aquella con la que trabajamos habitualmente.

Una comunidad que incluye al resto del mundo vivo.

Una comunidad entre los seres humanos, basada en la conciencia de nuestra interdependencia y de la imposibilidad de vivir de forma aislada.

También me quedo con la idea de que no debemos luchar para ganar.

Luchamos para preservar la vida.

Y por eso tenemos que seguir luchando, incluso cuando pensamos que podemos perder.

También me quedo con esta última idea de la traducción: la posibilidad que aparece cuando trabajamos entre diferentes lenguas y reconocemos nuestras diferencias, de buscar aquello que nos une como seres humanos.

Y, sobre todo, me quedo con una idea:

Construir comunidad en una época en la que la propia vida está siendo atacada no es una tarea fácil.

Esta epidemia de conflictos es profundamente contradictoria.

Y creo que ayer, durante la ceremonia de apertura, tuvimos una experiencia muy poderosa de lo que significa construir comunidad en contextos que, a primera vista, pueden parecer totalmente opuestos, pero que, sin embargo, están sorprendentemente cerca en algunos de sus objetivos fundamentales.

Cuando se trata de construir comunidad, como ha dicho Eliane, la posibilidad de encontrarnos y de universalizar es absolutamente crucial.

Quiero dar las gracias a las dos personas que hemos escuchado a lo largo de esta mesa redonda y quiero agradecer también a todas las personas que nos han escuchado.

